



L A B E R I N T O



VÍCTOR PANICELLO

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2015, Víctor Panicello, por el texto
© 2015, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
Tel.: 902 107 007
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de la cubierta: Toni Deu
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: septiembre de 2015
ISBN: 978-84-8343-397-3
Depósito legal: B-18234-2015
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 45).

Laberinto

A Mireia, que me acompanya por mi propio laberinto

Prólogo

El monstruo apareció de repente frente a él, surgiendo de la profunda oscuridad como si formara parte de ella. A pesar de su enorme tamaño, había ejecutado la maniobra sin hacer ruido alguno. La trampa se cerraba y ya no podía volver atrás... Era demasiado tarde.

Por unos instantes, ambos se miraron sin moverse, mientras el fétido aliento del dogarth llenaba todo el espacio entre ellos. Sus enormes colmillos delanteros sobresalían de la boca como cuchillos a punto de ser clavados en su oponente. De hecho, esa era su función principal, penetrar rápidamente en la carne de su víctima, cortando articulaciones y fibras musculares, causando hemorragias múltiples y, finalmente, la muerte. Después, serían los incisivos, más pequeños, pero igualmente afilados, los que se encargarían de desgarrar y triturar la comida para que pudiera ser ingerida sin problemas por aquella estrecha garganta.

Aquel que se hacía llamar Rondo, que significaba guía en el idioma antiguo, esperó, consciente de que un solo movimiento en falso podía costarle ser atravesado por los dientes babeantes de la bestia. Solo iba a tener una oportunidad, tal vez ni eso, pero era vital controlar el miedo.

Era un miedo familiar y conocido, el único que lo había acompañado toda la vida, nacido cuando sus padres le narraban las macabras historias de los guerreros muertos en el laberinto, cuyos huesos formaban el nido donde el dogarth criaba al único descendiente que tendría en toda su vida de cien ciclos. Era el mismo terror que le provocaban las historias nocturnas que sus compañeros de juventud le explicaban sobre los otros monstruos que poblaban el laberinto y sobre cómo morían de formas atroces quienes se atrevían a desafiarlos. Por entonces, no podía saber si eran ciertas o inventadas, pero quedaron grabadas en su cerebro.

Sin embargo, con el paso de los años y la experiencia adquirida como cazador, había aprendido a relegar su miedo a un lugar muy oculto en el interior de su mente. Nunca desaparecía, ni siquiera lo olvidaba, pues sabía que el miedo, si se dominaba, ayudaba a sobrevivir. Pero lo controlaba y, en aquel momento de máximo peligro, conseguía reducirlo a una pequeña mancha oscura que permanecía latente, pero que no determinaba sus actos. Si dejaba que creciera, si permitía que tomase el control, pronto sería un pequeño montón de huesos más en el nido del dogarth.

8 Se obligó a olvidar el dolor que podían causar esa multitud de dientes si llegaban a clavarse en su cuerpo. Se forzó a permanecer inmóvil, desafiante y con el palo de caza firme en dirección a los ojos del monstruo. Este pareció

dudar unos instantes, pues estaba acostumbrado a atacar por la espalda a sus víctimas, a clavarles los colmillos o las potentes garras cuando huían presas del pánico, porque siempre huían ante su presencia. Ningún ser de aquel planeta le plantaba cara jamás.

Ese pequeño titubeo le dio a Rondo una pequeña ventaja que no desaprovechó. Lanzó la punta de su palo de caza con tal rapidez que la bestia no tuvo tiempo de reaccionar. La velocidad y fluidez de sus movimientos siempre habían sido sus mejores armas en la caza. Un rugido capaz de desatar las más crueles pesadillas se oyó hasta en los confines del mundo oscuro. Un grito que, aquellos que lo oyeron, creyeron que celebraba un nuevo triunfo de la bestia. Sin embargo, en esta ocasión se trataba de un aullido de dolor y de rabia.

Un líquido pegajoso se deslizó por el palo hasta llegar a las manos del cazador. Pequeños fragmentos gelatinosos se mezclaban con esa sustancia que goteaba por sus manos, todavía aferradas al palo de caza. Rondo comprendió que había herido al monstruo en uno de sus ojos y que ese fluido mucoso y amarillento era el que mantenía hinchado el globo ocular.

—¡Grita más, maldito monstruo! ¡Grita!

Un entusiasmo incipiente hizo que Rondo creyera que había cobrado una ventaja considerable al atacar primero. Intentó desclavar el palo de caza con la intención de repetir la maniobra hacia el otro ojo. Si lograba dejarlo ciego, lo tendría a su merced.

El error fue confiar en que el dolor podría más que el instinto depredador del dogarth. Decidió lanzarse a por él, pero se precipitó al moverse antes de tiempo.

Un profundo corte en el brazo izquierdo le seccionó buena parte del antebrazo. Ni siquiera supo si había sido una de las garras o la cortante aleta de la cola. Solo el duro hueso impidió que el corte atravesara todo el miembro y lo separara definitivamente del cuerpo.

El aullido del cazador rivalizó con un nuevo rugido ensordecedor de la bestia. Fue como si le devolviera el desafío.

Dio un paso atrás y soltó el palo de caza mientras trataba de sujetarse la carne que sobresalía del hueso y sangraba sin control. Estaba expuesto a un nuevo ataque, pero no podía hacer nada. Si la bestia hubiera lanzado sus dientes entonces, todo habría acabado.

Sin embargo, ambos contrincantes parecieron darse un pequeño respiro. El monstruo trataba de lamer el líquido que manaba abundantemente de la cuenca de su ojo vacío. Gracias a una larguísima lengua retráctil, podía alcanzar la zona herida y llevarse la materia gelatinosa a la boca. En pocos segundos, vació del todo el espacio donde antes había tenido uno de sus hipnotizantes ojos verdes. Mientras tanto, Rondo se había arrancado un trozo de la ruda tela con la que se cubría el torso para improvisar un torniquete alrededor de su inutilizado brazo izquierdo. Después de unos larguísimos segundos en que el dolor había saturado su cerebro, ahora parecía que las sensaciones provenientes de esa parte de su cuerpo no le llegaban y ya apenas notaba nada, solo una sensación de vacío, de letargo.

10 La visión de su propia sangre acumulándose a sus pies, formando un pequeño charco, hizo que reaccionara y que decidiera luchar por su vida.

Cuando el dogarth volvió a centrar su atención en aquel minúsculo ser que le había causado tan tremenda herida, lo encontró preparado y desafiante, sosteniendo aquel ridículo palo acabado en punta que tan diestramente le había lanzado hacia uno de los dos ojos.

La criatura avanzó con paso decidido, pues necesitaba esa comida. En aquella parte del mundo oscuro apenas era posible alimentarse de hierbas y raíces medio secas. Solo muy de tanto en tanto alguna presa despistada se adentraba por sus dominios y le permitía saciar su apetito y el de su cría. Ambos podían pasar mucho tiempo sin comer, pero nunca dejaban pasar una oportunidad como aquella. Además, nadie penetraba en sus dominios sin exponerse a ser devorado, así había sido desde el inicio de su reinado en aquel pequeño planeta.

–Vamos, ataca de una vez, a ver si consigo dejarte ciego del todo –susurró Rondo mientras retrocedía paso a paso.

Sabía que, con un brazo inútil, sus posibilidades se reducían hasta resultar prácticamente inexistentes. Pero él era Rondo, el gran cazador en quien todos confiaban, el único capaz de llegar hasta la gran cueva y enfrentarse al rey de las bestias.

Esperó su momento pegado a una de las paredes de piedra roja que componían la mayor parte de la cueva. Era una piedra porosa con multitud de bordes cortantes, de manera que uno tenía que andar con cuidado de no herirse la piel. Nadie sabía de dónde había salido ese tipo de roca que no aparecía en ningún otro lugar del pequeño planeta. Algunas antiguas leyendas hablaban de una

gran boca abierta en la tierra, de donde había manado esa roca en forma líquida y humeante. Otras historias explicaban que esa roca había llegado allí desde más allá de Hastg.

—¡Vamos, vieja bestia sin entrañas! ¡Ataca si te atreves!
—le gritó con todas sus fuerzas.

Trataba de provocarla para que se precipitara y cometiera algún error que le brindara la oportunidad de volver a lanzar su palo de caza hacia el otro ojo. Sin embargo, el monstruo avanzaba lentamente, tomando precauciones a cada paso, como si fuera consciente de las dos circunstancias que marcaban aquella lucha desigual:

Si se descuidaba, podía volver a ser herido.

Aquel ser minúsculo que bramaba estaba atrapado.

Desesperado al ver que el dogarth no cometía ningún error, Rondo decidió tratar de sorprenderlo lanzando un ataque desesperado de distracción. Era consciente de que, con un brazo inutilizado, no podía afrontar una lucha directa, de manera que lo mejor sería tratar de huir y esconderse en algún oscuro recoveco. Iba a necesitar mucha suerte para que eso sucediera, ya que la bestia veía sin problemas en aquella profunda oscuridad, pero no tenía más opción que intentarlo.

Como si le hubiera leído la mente, el dogarth avanzó de costado, cubriendo con su enorme cuerpo escamado todo el espacio entre las paredes, cerrando así cualquier vía de escape a su víctima.

12 Rondo supo que estaba atrapado. Su brazo no dejaba de sangrar, y notaba como las fuerzas lo abandonaban con cada gota de sangre que manchaba el duro suelo. Un nue-

vo golpe de la cola le arrancó de las manos el palo de caza. Ahora estaba del todo indefenso.

–Así que aquí se acaba todo, ¿no? –le dijo aceptando su derrota.

Mientras el monstruo se acercaba lentamente, disfrutando de cada segundo de agonía que pudiera infligir a aquel ser que se había atrevido a desafiarlo en su propio reino, Rondo arrancó con su mano sana el talismán que la hechicera desterrada le había colgado poco después de nacer y que le había acompañado durante toda la vida. Era un pequeño cristal tallado toscamente en forma de círculo, con un peculiar color azulado y brillante. Su madre le había contado que aquella vieja hechicera, que pertenecía a un linaje muy antiguo, ahora prohibido en su pueblo, apareció al poco de su nacimiento para entregarle ese cristal que, según explicó, había sido arrancado del mismo «corazón del mundo» y algún día el propio Rondo devolvería a su lugar hasta la llegada de los nuevos tiempos.

Rondo comprendió entonces que ese momento había llegado. Cerró los ojos y trató de recordar algunos instantes de una vida que sabía muy cercana a su fin.

La luz de las mañanas frescas de la primera estación, cuando salía muy temprano con su padre a cazar algún trasgur para poder comer unas cuantas jornadas.

El placer de seguir un rastro durante largas caminatas, bajo el calor de la segunda estación, hasta encontrar a su presa y darle muerte.

Los días de amor vividos junto a Himsa en la cabaña que construyeron con sus propias manos cerca del manantial del Norte.

El afilado rostro del hechicero cuando, siendo muy joven todavía, le escuchaba enumerar las normas del laberinto.

Los primeros sollozos de su hijo, Taimgar, mientras esperaba ser amamantado.

Los rayos de Hastg calentando su piel después de bañarse en el río.

Y sobre todo... la luz.

Detrás del siguiente recodo podía encontrar la muerte cualquiera de ellos. De hecho, de los quince que iniciaron el camino, solo doce habían llegado hasta allí, y todavía debían afrontar la parte más cerrada de laberinto. Sería allí donde todos los horrores que habían soñado desde pequeños se harían realidad y los seres que lo habitaban tratarían de matarlos para devorarlos, especialmente los rithenhuts.

Observando el recién formado grupo, se preguntaba si era él quien debía liderarlos hasta el final, si realmente le tocaba a él conducirlos hacia el dolor y el mundo demente dominado por Milosh. ¿Quién le había otorgado a él, un simple cazador, el poder de decidir sobre la vida de los demás? Porque una cosa era segura, si seguía guiándolos hacia delante, iba a tocarle enviar a alguno a la muerte.

–Vamos, Piedra, tenemos que seguir, los rithenhuts no están muy lejos y nos siguen la pista.

Miró a Árbol, con su larga melena siempre ondeando al viento, y se preguntó si realmente Milosh escogió su nombre porque había soñado con su pelo o si solo era una casualidad. Por un instante, pensó en sí mismo y en si tal vez el hechicero había visto algo en su interior que provocó que le pusiera Piedra como nombre de niño. Cuando lo hizo, seguro que pensó en algo duro y sin sentimientos, inamovible. Tal vez fuera por sus intensos ojos azules, que a menudo se mostraban fríos como el hielo, o por sus rasgos angulosos o su mentón cuadrado. Tal vez porque, a diferencia de la mayoría de los cazadores, llevaba el pelo más corto y sin recoger en esa coleta típica de su tribu.

–¡No podemos irnos sin ellos! –casi gritaba Hierba.

Todo el grupo vacilaba sobre qué hacer, y se miraban los unos a los otros esperando a que alguien tomara una decisión. Piedra se mantuvo tranquilo, observando cómo todos ellos tenían los ojos tan rojos como suponía que estarían los suyos. No estaban acostumbrados a la falta de luz.

–¿Qué hacemos, Piedra? –insistió Árbol, que había decidido pegarse a él y vincular la suerte de ambos.

Muchos se volvieron a mirarlo, esperando una respuesta que él no tenía.

A lo lejos se oían los rugidos desesperados de los rithens tratando de encontrar el rastro que los llevara hasta ellos, hasta su primera comida fácil y succulenta en mucho tiempo.

16 –Yo continúo hacia la izquierda –intervino Viento del Norte con el acento propio de la zona cercana al hirviente mar de Okam, de donde procedía.

Trataba de dividirlos una vez más... ¡Con lo que había costado que formaran un grupo!

–Debemos esperar a los que faltan –insistió Hierba, que parecía no darse cuenta de la situación.

Sus ojos marrones parecían apagados y casi sin vida. Tal vez fuera por el efecto de la penumbra o porque, en el fondo, ya había aceptado que su destino sería no salir jamás del laberinto. Piedra había visto esa misma mirada en algunas de sus presas cuando decidían entregarse, rendirse, dejar de correr. Lo conocía desde pequeño, ya que sus respectivas familias cultivaban un pequeño y misérrimo campo en estaciones alternas. Habían crecido juntos, y juntos habían cazado sus primeros tripcoops, esos veloces reptiles de siete cuernos que corrían por las praderas del este. También en esas ocasiones Hierba tendía a darse por vencido muy pronto, y solo la insistencia de Piedra en seguir la caza lo mantenía en la lucha. Como ahora, que esperaba despertar sentimientos de lástima en el grupo de cazadores para que alguien le diera ánimos.

Pero él no iba a hacerlo. Él era Piedra y se mantendría encerrado en sí mismo, sin dejar que nadie ni nada atravesara su coraza, porque, si flaqueaba, moriría allí, sin seguirla a ella... y eso era algo que no podía permitir que sucediera, que no quería ni imaginar.

Esquivó esa mirada lastimera y tomó una decisión: no podían continuar allí detenidos.

–Estoy de acuerdo con Viento del Norte, sigamos por la izquierda.

Mientras el grupo volvía a ponerse en marcha, observó cómo todos aceptaban su elección sin poner ningún repa-

ro. No es que él creyera que la izquierda era mejor que la derecha, lo mismo daba, en realidad, porque no sabían a dónde iban. Aun así, era mucho mejor que siguieran unidos, aunque fuera para equivocarse de camino. Aceptando, pues, el parecer de Viento del Norte, se levantó y lo siguió hacia la entrada del estrecho pasaje, donde apenas penetraba la poca luz que proporcionaban las antorchas que colgaban en las paredes cada cierto número de pasos.

Antes de adentrarse de nuevo en el silencio perverso del laberinto, trató de mirar al norte por si divisaba algo de claridad proveniente de su propia parte del mundo, allá donde el sol de Hastg nunca dejaba de iluminar la tierra ni los bosques, donde no existían las noches. Echaba de menos el color rosado del cielo en las mañanas y el naranja de las tardes. Echaba de menos la suave lluvia refrescante de la estación primera, e incluso el sofocante calor de la estación segunda. Hasta las terribles tormentas de luz, que cada cuatro o cinco estaciones asolaban una parte del territorio, resultaban más acogedoras que esa perpetua oscuridad.

Pero así era Gronjor, mitad luz y mitad sombras. Un lugar maravilloso y aterrador al mismo tiempo, en el que podías pasar de sentirte libre y protegido a notar el peso del miedo en tan solo unos pasos. Un planeta que contenía dos mundos en uno.

En una de las caras que abarcaba algo menos de la mitad del pequeño planeta, vivían todos ellos. Todos los que, como él, tenían una familia que los cuidaba y los alimentaba hasta que llegaba el momento de la selección. Era entonces cuando tenían que adentrarse en el mundo si-

niestro de Milosh, en la otra cara de Gronjor, donde nunca llegaba la fuerza de la luz de Hastg. En esa enorme extensión, la mayor parte de la cual ni siquiera conocían, la vida era escasa y muy dura. Todo el terreno era roca negra, y solo crecían unas extrañas plantas cazadoras que devoraban los miles de insectos de todas clases que poblaban algunas zonas. Era allí donde los antepasados construyeron el laberinto que dominaba el hechicero y que estaba poblado de criaturas feroces.

También echaba de menos poder ver más allá de los siguientes diez pasos. Sus ojos no estaban nada habituados a la oscuridad porque, en la parte iluminada donde vivían, no existía la noche. Como mucho podía apreciarse a veces una muy ligera disminución en la intensidad de la luz, pero nada que pudiera compararse con esa penumbra constante. Dormían a plena claridad, sin que eso les causara problema alguno, y sus pupilas apenas se dilataban, por lo que, aunque su visión iba mejorando conforme se adaptaba a esas condiciones horribles, a todos les costaba distinguir las siluetas. No dejaba de pensar en si volvería alguna vez a tumbarse cerca del río a dejarse bañar por el calor y el brillo de los rayos reflejados en las aguas... con ella a su lado.

Esa visión hizo que un escalofrío recorriera su espalda y lo devolviera a la realidad. Se adentraban en uno de los pasillos laterales del laberinto y debía dejar atrás todo recuerdo, todo deseo, toda esperanza. Solo volviéndose realmente piedra tendría alguna oportunidad de conseguir la meta, de conseguirla a ella y de volver a ver la luz. Por eso, cuando Hierba se acercó a su lado, casi suplicando que no dejaran atrás a los que faltaban, le respondió con brusquedad.

–Deja de pensar en los que faltan, porque están todos muertos. Si no los ha devorado ya el gran lagarto, lo harán los malditos ritenhuts. Ese es su trabajo de carroñeros, perseguirnos por el laberinto para acabar el trabajo que no hagan los monstruos que viven aquí.

–Pero no sabemos si el chico al que picó el escorpión...
–trató de insistir sin demasiada convicción.

Hierba nunca había tenido carácter y, de alguna manera, siempre había vivido a su alrededor, cazando, corriendo o recolectando fruta según él decidía. Sin embargo, ahora su dependencia lo lastraba, y no quería que sus debilidades lo arrastraran a una muerte atroz en el laberinto. Quería ser uno de los que consiguieran llegar hasta donde esperaban las chicas, hasta donde estaba su amada Lea. Quería ser uno de los que se ganaran el derecho a volver al mundo de la luz según las tradiciones. Quería ser uno de los hombres que podrían escoger un nombre de cazador y poder así formar una familia. Solo un hijo por pareja, esas eran las estrictas leyes de Milosh, y quienes las desobedecían pasaban a formar parte de sus numerosos esclavos o desaparecían para siempre en la zona muerta.

–¡Basta! –le gritó Piedra finalmente–. Están todos muertos o lo estarán en muy poco tiempo, así que olvídalos y sigue con nosotros. O espéralos si quieres morir aquí, pero hazlo solo. Yo pienso regresar a nuestra parte del mundo.

Hierba lo miró con esa expresión de sumisión y reproche que siempre ponía. En el fondo, su cobardía le servía de parapeto para no tener que afrontar las cosas. Era más fácil esperar a que los demás decidieran y después quejarse. A veces lo odiaba por eso.

Sin embargo, lo que le había dicho era cierto, él pensaba hacer lo que fuera necesario para volver a su mitad del mundo, aunque, de hecho, ni siquiera se trataba de la mitad, ya que la parte iluminada era bastante más pequeña que la zona sin luz. Además, compartían el espacio donde la vida era posible con grandes desiertos asolados por un intensísimo calor, con mares hirvientes que no podían cruzarse y con algunas cadenas de montañas de roca viva donde solo crecían algunos helechos. El espacio era muy limitado, por eso las leyes eran tan estrictas con el control de la población, porque pronto iban a quedarse sin tierras para habitar ni caza para comer.

—¡Vamos! ¡¿O es que queréis pasaros aquí el resto de vuestra vida?!—les gritó Viento del Norte, que había vuelto a salir de las profundidades, donde el grupo ya avanzaba compacto.

Piedra formó con los labios una media sonrisa que nadie pudo ver. Viento del Norte había vuelto atrás, a lanzarles un grito de rabia por no seguir su paso incansable, pero había vuelto a buscarlos al fin y al cabo. Sin darse cuenta, iba aceptando que iban a moverse, a avanzar y a actuar como un grupo. Llegado el momento, incluso lucharían y morirían también como un grupo, por lo menos hasta que estuvieran cerca del núcleo. Entonces cada uno volvería a su papel de cazador solitario que buscaba solo lo mejor para él, y cada cual perseguiría su propia presa.

Cuando llegara ese momento, si es que Piedra y Viento del Norte conseguían sobrevivir a las largas jornadas de marcha y lucha que les esperaban, ambos se convertirían en

enemigos de nuevo, porque ambos perseguían a la misma presa; Viento del Norte también quería elegir a Lea.

–¡Espera! –le respondió Piedra también a gritos.

Con él era mejor no dejarse intimidar.

Le hizo una seña a Hierba para que los dejara a solas y avanzara en busca del grupo, al que ya no se veía tras las paredes de roca viva que formaban el laberinto.

–Hablemos –le dijo a su rival cuando estuvieron a solas–. Sabes tan bien como yo que no podemos simplemente seguir adelante, sin más. Ya hemos perdido a dos de nosotros con el lagarto, y a otro por culpa de los malditos escorpiones negros.

Un lejano recuerdo de su niñez recorrió una parte de su cerebro. Una imagen de un niño cogiendo larvas cerca de su cabaña, una piedra levantada sin pensar, un picor repentino y la mitad del cuerpo inmediatamente paralizado... Un escorpión que decidió dejarlo vivir, porque una segunda picadura era absolutamente mortal. Hierba le salvó la vida avisando a su padre.

–Esas criaturas eran solo los preliminares, y tú lo sabes. Ambos sabemos que lo peor nos espera a partir de aquí –respondió Viento del Norte adoptando la posición medio en cuclillas en la que cualquier miembro de la tribu podía permanecer varias horas inmóvil.

–Sí, yo también lo siento aquí –le respondió, señalando su estómago ahora vacío, pues la última comida que había tomado fueron dos raíces que arrancó en uno de los pasillos abiertos del laberinto.

–Deberíamos marchar tú y yo solos. La mayoría no llegará, como tu amigo Hierba... Es una presa fácil.

Lo decía para retarle, para ver si era capaz de provocar una lucha abierta entre ellos. Pero Piedra no iba a caer... por lo menos no todavía.

Lo miró con esa expresión vacía en la cara que le descubrió el hechicero cuando era un niño y que le llevó a ponerle su nombre natural, el que llevaría hasta que no saliera con vida del laberinto y pudiera escoger un nombre de cazador. Sería entonces, y solo entonces, cuando se le permitiría fundar su propio clan.

Los ojos grises de Viento del Norte brillaban incluso con la poca luz que llegaba hasta ellos. Era el brillo de la pasión, del peligro, del loco que labraba su camino apartando a los que se le oponían. Iba a ser su rival por conseguir a Lea y llevaba el nombre de la ventisca helada que en la primera estación llegaba a veces desde las remotas montañas perdidas. Era un viento cargado de pequeños pedazos de hielo que herían la piel... igual que esa mirada de depredador. El cazador implacable se sentía ahora en su medio, como esos enormes gartmihs de largas orejas y peligrosos colmillos que se veían a veces cerca de las cuevas. Era un cazador solitario capaz de localizar y matar a uno de esos desconfiados felinos en solo unas jornadas, acechándolos en sus propias madrigueras en lo más profundo de las cuevas, y ahora lo miraba como debía mirar a sus presas. Piedra sintió por unos instantes que él era el objetivo, el premio, la caza mayor.

—No vamos a dejarlos aquí, porque tenemos más posibilidades si seguimos todos juntos —le dijo, finalmente, después de aguantarle la mirada el tiempo suficiente para que entendiera que no le tenía miedo—. Me ha costado mu-

cho conseguir que todos aceptaran el grupo, y eso es algo con lo que quizás Milosh y las criaturas no cuentan, de manera que nos da algo de ventaja en este mundo salvaje. Si alguno de ellos flaquea, no volveremos a buscarlo, pero seguiremos juntos mientras podamos.

El cazador solitario lo miró con una cierta dosis de desprecio, pero aceptó su razonamiento. No se sabía de ningún grupo de cazadores que hubieran atravesado nunca el laberinto juntos, desafiando las leyes que les obligaban a cruzarlo en solitario. Tal vez eso les concediera una cierta ventaja, aunque significara desafiar al hechicero, ya que este les había explicado claramente las normas de la selección:

–Cuando alcancéis los tres estallidos de Hastg y acabe vuestro ciclo número quince, saldréis solos a buscar el camino del laberinto. Llevaréis dos armas de corte y tantos palos de caza como podáis cargar, pero nada más. Andaréis hacia donde se acaba la luz hasta que bordeéis el profundo mar de Okam. Cerca de la otra orilla encontraréis la puerta del mundo oscuro que da entrada al laberinto. Allí dispondréis de no más de cinco jornadas para atravesarlo hasta llegar al núcleo. Si lo conseguís, podréis escoger aquella que será vuestra compañera en el mundo de la luz. Con ella, y solo con ella, engendraréis un hijo que continuará ese ciclo hasta que Hastg se apague y todo quede hundido en las sombras para siempre. Ese será el camino de vuestra sangre nueva, de vuestra renovación, cuando dejaréis de ser cosas y podréis obtener el honor de mostrar vuestro nombre y pertenecer a la tribu. Por ello, rechazaréis la compañía de los que, como vosotros, se enfrentan a sus propios miedos y debilidades. Este viaje, cada cazador

debe hacerlo solo, porque es en soledad como ganaréis el derecho a la vida y a perpetuar vuestra saga.

–No iremos muy lejos solo con palos de caza y algunas armas de corte –le dijo Piedra para intentar sacar de él sus dotes de cazador en beneficio de todos.

Ese era un idioma que él entendía.

Durante unos largos instantes no contestó, seguramente dudando si debía revelar alguna de sus estrategias de caza. Ambos aspirantes sabían que, al final, si los dos llegaban cerca del núcleo, sería inevitable un enfrentamiento por Lea. Pero eso sería si conseguían pasar las diferentes etapas del laberinto, y todavía estaban hacia el final de la primera, la más fácil.

Finalmente, Viento del Norte decidió colaborar.

–Podemos cargar piedras para arrojarlas, he visto muchas ahí atrás.

Le costaba ir soltando sus bazas.

–Buena idea. ¿Qué más?

–Bueno, creo que algunos de los palos de caza podrían partirse y convertirse en armas para lanzar listones afilados a corta distancia. Tampoco es que ellos sepan utilizarlos muy bien... –dijo con gesto despectivo en dirección a la boca del laberinto, por donde algunos del grupo habían vuelto a salir a ver por qué los dos mejores cazadores no los seguían.

–Bien, pero no tenemos mucho tiempo. ¿Cuánto calculas que tardarán en alcanzarnos los ritenhuts?

Ambos habían oído los aullidos que iban soltando esas bestias de patas cortas mientras seguían su rastro. Era su grito de caza, y les servía para mantener a la manada unida y coordinar su marcha. No podían adivinar cuántos eran,

pero seguro que no iban a dejar de perseguirlos. En esa zona muerta, donde se pasaban ciclos y ciclos comiendo restos de animales muertos, insectos y raíces medio podridas, no iban a dejar pasar la ocasión de comer carne fresca. Con el paso del tiempo, habían interiorizado los períodos de la selección como el gran momento de alimentarse bien, hasta el punto de que su período de cría coincidía con el paso de las generaciones de cazadores por el laberinto.

–Les llevamos media jornada como máximo, quizás menos –sentenció Viento del Norte.

No podían permitirse perder mucho tiempo, sin embargo, era imprescindible que organizaran una cierta defensa ante lo que les pudiera estar esperando más adelante. Ya habían comprobado que los ataques llegarían cuando menos lo esperaran.

–De acuerdo, pues, encárgate tú de conseguir mejorar nuestras armas mientras yo trato de organizar la marcha para que seamos más silenciosos y menos vulnerables.

Por unos instantes, el cazador solitario mantuvo su furiosa mirada sobre Piedra. Si algo no soportaba era sentirse dirigido por otro. Piedra le sostuvo la mirada y esperó.

–De acuerdo –cedió finalmente–. Pero no va a servir de mucho, la mayoría de estos no llegará a ver la entrada del núcleo.

Con gestos ásperos y enérgicos, escogió a cinco de los más jóvenes y los llevó a por las piedras. Había elegido instintivamente a los más fuertes, dejándole a Piedra a los peores cazadores, los que no hubieran tenido ninguna oportunidad de acabar el laberinto si hubieran seguido solos. Entre los que quedaron con Piedra estaba, como no, Hierba,

pero también Árbol, Río, Lluvia y, finalmente, Pájaro Azul. Solo había salido de caza una vez con este último, y había sido suficiente para darse cuenta de que era muy bueno en esa tarea. No se precipitaba nunca en la embestida final, y eso le proporcionaba más oportunidades que a la mayoría.

Viento del Norte lo había ignorado porque procedía de las montañas y su familia se había incorporado muy recientemente a la tribu, ya que no podían subsistir por más tiempo en aquellas tierras yermas. Eso lo hacía propicio para sufrir el desprecio de la mayoría, que consideraban que restaba posibilidades de descendencia a una familia antigua. Sin embargo, el propio Milosh había intercedido por ellos ante el Consejo de Cazadores. Piedra sabía que era un cazador muy apto, por lo que se alegró de tenerlo cerca en esas circunstancias.

Piedra decidió dirigirse en primer lugar a Árbol, pues necesitaba su implicación, su pensamiento estratégico capaz de analizar diversas alternativas.

–Tenemos que encontrar una manera de avanzar que sea efectiva y nos permita mantenernos en guardia sin retrasar nuestra marcha.

Árbol asintió con la cabeza y se retiró unos pasos a reflexionar. Permaneció inmóvil mientras un suave viento movía sus largos cabellos. Era un árbol en estado puro.

–Deberías situarte con Hierba en la parte de atrás –le dijo después a Lluvia, un chico de piel oscura y grandes orejas que tenía fama de ser capaz de oír el movimiento de un gusano a varios pasos de distancia.

–Bien, trataremos de descubrir a esos asquerosos ritenhuts antes de que ellos lo hagan con nosotros.

Piedra iba a sugerirle que se llevara aparte a Hierba para explicarle cómo debían cubrirlos, pero él ya le había puesto la mano en el hombro y le hablaba en un susurro. Intuyó que Hierba lo miraba a él con reprobación por disponerlo en la parte de atrás del grupo, expuesto a los ataques de los depredadores que los perseguían, pero ni siquiera se volvió a mirarlo. El miedo que destilaba iba a ser una buena herramienta para mantenerlo atento cuando avanzaran. Seguro que no se le escapaba un solo ruido o crujido.

Finalmente, se acercó a Río, que permanecía a la espera de instrucciones. Era un chico muy bajo, de apenas tres brazadas, herencia de su padre, también muy bajo, y consecuencia de una escasa alimentación por culpa de su poca destreza con la caza y porque su madre desapareció en el bosque una noche que salió en busca de frutos para plantar sus tierras. Nadie supo nunca qué ocurrió con ella, pero las mujeres eran las encargadas de todo lo relacionado con las plantas y los frutos silvestres. Recolectaban y plantaban según la tradición y su propia intuición. Si una de ellas moría, nadie la sustituía, y su familia acostumbraba a criar hijos malnutridos que nunca superarían el laberinto o hijas a las que nadie seleccionaría para formar una saga y acabarían como esclavas de Milosh. En ambos casos, las estirpes estaban condenadas.

—Tú irás en el grupo de exploración junto con un cazador más. Avanzaréis cincuenta pasos por delante del resto y os detendréis en cada cruce.

El chico asintió sin decir nada.

28 Ambos sabían que era el peor de los sitios del grupo, ya que los avanzados acostumbraban a ser los primeros en descubrir los peligros del camino, a menudo demasiado

tarde para ellos. Lo estaba condenando y, sin embargo, Piedra era consciente de que era la mejor decisión para todos.

Árbol se acercó y le soltó:

–Lo mejor es una cuña invertida, así reducimos el frente de choque por delante y mantenemos los lados suficientemente cubiertos.

No tenía tiempo para discutir con él, de manera que aceptó su teoría sin acabar de saber muy bien qué quería decir exactamente.

–Encárgate tú de situar a todo el mundo en su sitio.

Mientras Árbol dibujaba en el suelo unas marcas, Piedra se dirigió a Pájaro Azul, que esperaba pacientemente a que se acercara.

–Supongo que yo soy de los que se pueden sacrificar, ¿no? Piedra recibió el reproche sin inmutarse.

–Eso depende de ti... pero siempre puedes decidir continuar por tu cuenta.

Estaba siendo algo cruel, pero era la única manera de conseguir llegar a su objetivo. Él era Piedra, y las piedras no sienten nada. Si quería volver a ver esa sonrisa de Lea que le hacía perder el sentido, debía dejar atrás todo sentimiento.

El cazador de las montañas encajó el golpe y siguió allí inmóvil mientras Piedra lo miraba desafiante sin mover un músculo.

Finalmente fue Pájaro Azul quien apartó sus oscuros ojos, aceptando su posición subordinada.

–Solo hasta la puerta del núcleo –dijo en cuanto chocaron sus antebrazos en señal de pacto.

–Hasta allí y ni un paso más –le respondió Piedra.

Ambos cumplirían con su juramento, pues era sagrado que se respetara con lo pactado entre cazadores.

—¿Qué necesitas de mí?

Piedra le explicó que sabía que era un buen cazador y que no le importaba para nada de dónde procedieran él o su familia. También le pidió que, independientemente de cómo lo tratara el resto del grupo, manifestara su opinión cuando tuvieran problemas. De alguna manera, trataba de contar con un aliado para enfrentarse a la preponderancia de Viento del Norte.

En ese momento, el grupo que el cazador solitario se había llevado aparte volvía cargado de piedras.

—Las hemos afilado, y creo que servirán si conseguimos que aprendan a lanzarlas.

Normalmente solo se dirigía a Piedra y hablaba del resto del grupo como si no estuvieran allí.

En unos minutos, todo el grupo se reunió y se trazó un plan de marcha. Árbol señaló las posiciones de cada uno y Piedra decidió que un chico de ojos claros, a quien todos llamaban Estrella, fuera el acompañante suicida de Río en la avanzada. Como era de esperar, Viento del Norte no aceptó la posición asignada en el grupo, de manera que iba y venía según le parecía.

Fue él quien, repentinamente, dio la orden de marcha, que quedó prácticamente sofocada por un aullido de origen desconocido que sonó muy cerca de su posición. No era un rithenut el que lo había producido, sino algo mucho mayor.

30 Sin mirar atrás, los doce se dirigieron rápidamente hacia el pasillo izquierdo del laberinto. En poco segundos, la oscuridad los abrazó de nuevo.